

chándola con toda la efusion de nuestras almas, si por desgracia hubiésemos concurrido de algun modo á la realizacion del plan de Satanás, ofreciéndole nuevas protestas de amor y devocion eternos, si seducidos por los vanos halagos del mundo, la hubiéremos algun tanto olvidado. Hé aquí la mejor felicitacion que podemos hoy enviarla, que redundará en gloria exterior suya y en felicidad y bienaventuranza eterna para todos nosotros.—AMEN.

SERMON

SOBRE

LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

Lumen ad revelationem gentium.

Luc., cap. 2.º, v. 32.

MISTERIOS grandes celebra hoy la Iglesia nuestra Madre. Un Hombre-Dios ofrecido á Dios; el Santo de los santos consagrado al Señor; el Sumo sacerdote de la Nueva Alianza en estado de víctima; redimido el mismo Redentor: una Virgen purificada, y una Madre, en fin, inmolando á su mismo Hijo... ¡Ah! No es un misterio sólo el que celebramos hoy; es un cúmulo de prodigios que concurren para hacer sublime y admirable la solemnidad de este dia, y en los que descubrimos lo que encierra de más grande y divino nuestra religion sacrosanta.

No es menos de notar el grandioso aparato que despliega la Iglesia para celebrarles. Se ha vestido

con todas sus galas, como la esposa el día de sus desposorios. Cánticos de gloria resuenan por todas partes; signos de júbilo, de paz y de contento han inaugurado la fiesta; el sacerdocio y el pueblo, formando un grupo de dulce y consoladora unión que estrecha la caridad, representada en las Candelas. ¡Ah! No es un misterio sólo, repito; es un cúmulo de prodigios que concurren para hacer sublime y admirable la solemnidad de este día. ¿Quién podrá describirla? Estos grandes rasgos del sentimiento católico se sienten mejor en el corazón que se expresan con palabras; la Iglesia, en sus admirables solemnidades, tiene un lenguaje especial, tan sencillo como enérgico, que se insinúa por sí mismo.

En la imposibilidad de abrazar en un breve discurso todo el grandioso objeto que se ofrece hoy á nuestra consideración, me ocuparé sólo de la parte menos principal y, por esto tal vez, la menos meditada de los fieles, aunque no de escasa importancia. Os haré ver la antigüedad é importancia de la ceremonia de las Candelas y su significación mística en el pueblo cristiano, para que, uniendo nuestro espíritu al de nuestra santa Madre la Iglesia, consigamos todo el objeto que ella se propone en este día.

—AVE MARÍA.

Lumen ad revelationem gentium.

Luc., cap. 2.º, v. 32.

La palabra *ceremonia* significa, según su etimología, un signo ó manifestación de los sentimientos del corazón. Preguntar, pues, si las ceremonias en general son necesarias, es preguntar si los hombres tienen necesidad de comunicarse mutuamente sus pensamientos y afecciones por medio de signos exteriores. ¿Concebís que pueda existir sin esto entre nosotros alguna sociedad?

No hay sentimiento alguno que no se manifieste al exterior por un gesto particular; no necesitamos del estudio para saber que prosternarse es una señal de respeto; que elevar las manos y los ojos al cielo es una señal de invocación; que una ofrenda es testimonio de reconocimiento; que la purificación exterior del cuerpo indica la purificación interior del alma.

Este principio, que puede llamarse esencial en la vida del hombre en sociedad, la misma vida de la sociedad, tiene más aplicación en el orden religioso. Porque la religión es el lazo que nos une á Dios, que estrecha nuestras relaciones con un mundo de obje-

tos invisibles, siéndonos necesario, por tanto, un lenguaje especial, un lenguaje propiamente de signos para expresarlas. Sin embargo, los protestantes desconocen esta verdad tan encarnada en nosotros mismos: dicen unos que son inútiles; otros, más osados, que son supersticiones tomadas de los gentiles; otros que son restos del judaísmo.

Pero despreciemos, señores, á esos insensatos; proceden de mala fé; predicán contra lo mismo que sienten; no son dignos, por tanto, del honor de la refutación.

La Iglesia nuestra Madre consagra hoy una ceremonia notable, augusta, digna de toda nuestra consideración; la ceremonia de las Candelas, tan antigua como venerada. Vamos á verla. La fiesta de las Candelas, llamada por los griegos de los *Encuentros*, porque el anciano Simeon y la profetisa Ana encontraron al niño Jesús en el templo cuando fué presentado al Señor, es antiquísima en la Iglesia. Algunos Padres y expositores la hacen subir á los primeros días del cristianismo. Ignorándose la fecha de su institución, y constando siempre su práctica, debe atribuirse, según la regla general seguida por los teólogos, al tiempo de los apóstoles.

El venerable Beda opina que fué instituida para oponerla á las lupercales de los gentiles. «La Iglesia, dice, ha cambiado felizmente las lustraciones de los paganos, que se practicaban por el mes de Febrero y las ha sustituido por las procesiones, en que se

llevan velas encendidas en memoria de aquella divina luz con que Jesucristo ha iluminado al mundo, y que la hace llamar Simeon luz de las naciones.»

Tres eran estas fiestas gentílicas: permitidme, señores, que os haga de ellas una breve reseña, consultando la mitología, estudio que me desagrade en este lugar.

La primera se celebraba en las Calendas de Febrero, en honor de *Proserpina*. Prendado de su hermosura *Pluton*, dios del infierno, la arrebató y, casándose con ella, la constituyó diosa. En memoria de este acontecimiento, las mujeres romanas pasaban toda la noche con hachas encendidas recorriendo las calles figurando buscarla.

La segunda se celebraba en honor de *Februa*, madre de *Marte*, que dieron su nombre á los meses de Febrero y Marzo. Esta se celebraba en cada cinco años; concurría toda la ciudad en trajes indecentes, con hachas encendidas, y era tanto más inmoral, cuanto que tomaban parte en ella los dos sexos.

La tercera se celebraba en honor de todos los dioses para aplacar su ira é implorar su misericordia en favor de los difuntos. Delirios gentílicos, señores, correspondientes á su teogonía mitológica, tan absurdos en su parte dogmática, como perjudiciales á la moral en su práctica.

La crítica moderna no está muy conforme en la sustitución de las lupercales gentílicas por nuestra fiesta de Candelaria. Ha consultado el calendario

pagano y halló que no convenian las fechas, pues aquellas se celebraban, dice, no el 2 de Febrero, sino el 16 del mismo y el 22 de Noviembre; diferencia, señores, que puede consistir en el modo de computarlas. Nosotros nos apoyamos en testimonios muy respetables, entre ellos, el del gran Pontífice Inocencio III. «Los primeros cristianos, dice, continuaban celebrando, sin espíritu de superstición, y por una especie de rutina, las fiestas de las luminarias en el mes de Febrero; y la Iglesia, inspirada de Dios, consagró estas fiestas á la Madre de la luz, para que no se celebrasen ya en honor de Proserpina, esposa del dios infernal, sino en honor de la Esposa del Dios del cielo; no de Februa, madre del dios de la guerra, sino de la Madre del Dios de la paz; no de las legiones satánicas, sino de la Reina de los ángeles.»

Los romanos adoraban á Proserpina para captarse la gracia de su esposo; adoraban á Februa para que les consiguiera el triunfo en sus empresas bélicas; adoraban á los dioses infernales, que suponían verdugos inexorables de los difuntos, para inclinarlos á la misericordia. Nosotros conseguimos todos estos bienes por la mediación de la Madre de nuestro Dios, la gracia, y la misericordia, y la victoria, justo es, pues, que á ella dediquemos estas fiestas, que consagraba el gentilismo á sus falsas deidades.

Ahora ya nos será muy fácil hallar la significación mística de la solemnidad de este día: continuadme vuestra atención.

Llevamos, en primer lugar, candelas encendidas para protestar que la Virgen María, más pura y resplandeciente que aquellas antorchas, no estaba sujeta ni necesitaba la purificación que había sido establecida para las mujeres comunes. La cera, labrada por la industria de las abejas, sin concurso del otro sexo, significa su integridad virginal y la pureza del cuerpo sacrosanto del Redentor, formado de su misma sangre. La luz que brilla en el centro de las antorchas, fragante como el néctar de todas las flores, representa la pureza virginal de su cuerpo y el olor de todas las virtudes que adornan su alma.

Significa, en segundo lugar, que debemos estar adornados de una fé verdadera, de una recta intención y de la práctica de buenas obras. La fé está designada por la luz, porque ilumina nuestras almas, porque viene de Dios, padre de las luces; la recta intención por la publicidad con que llevamos nuestras antorchas á la vista de todos los hombres; las buenas obras por nuestra misma conducta pública, porque no huimos de la luz, porque son hechas en Dios y por Dios.

Y el todo significa la buena fama, el buen olor de nuestra vida, conforme á la sentencia de San Mateo: «brille vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras:» *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona.* ¡Ah! ¡desgraciados los que huyen de la luz y buscan las tinieblas! ¡desgraciados los que se entregan al ócio;

estos son antorchas apagadas, que para nada son útiles! ¡y más desgraciados y dignos de compasion aquellos que, con sus malas obras, son ocasion de escándalo á sus hermanos! Estos son ya cuerpos muertos, aquellos cadáveres corrompidos de que nos habla Isaiás, cuyo olor pestilente se extiende por todas partes: *de cadaveribus eorum ascendit fœtor.*

Y significa, en tercer lugar, segun San Jerónimo, la alegría que debe inundar nuestras almas; aquella alegría que tiene su origen en la buena conciencia, en el corazon recto. «Por todas las iglesias de Oriente, decia refutando al hereje Vigilancio, por todas las Iglesias de Oriente se encienden antorchas al cantar el santo Evangelio, á pesar de la luz del sol, no para ahuyentar las tinieblas, sino como signo de alegría.» Por eso las sagradas vírgenes llevaban siempre encendidas sus lámparas; por eso se dijo á los apóstoles: «ceñíos y llevad siempre encendidas vuestras antorchas;» y de San Juan Bautista, dijo el Salvador que era un fanal siempre ardiendo, siempre brillante.

Quede, pues, sentado que la Iglesia nuestra Madre, inspirada del cielo, ha instituido la augusta, antiquísima y veneranda solemnidad de las Candelas, en sustitucion de las asquerosas y lúbricas lupercales de los gentiles, para confundir la audacia de los herejes, que tienen por supersticiosas las sagradas ceremonias; para protestar la pureza é integridad virginal de nuestra amada Madre María; para

darnos á entender que debemos estar adornados de una fé viva, de una intencion recta y de la práctica de las buenas obras, y para que, practicándola con estas santas disposiciones, sea una señal de alegría, de aquella alegría que nace de la buena conciencia y de la paz del corazon. Hé aquí el espíritu, la significacion mística de la solemnidad de las Candelas, que celebramos hoy.

Unamos nuestro espíritu y nuestros afectos á los de la Santísima Virgen Maria al presentar á su divino Hijo Jesus en el templo; al del santo anciano Simeon, al recibirle en sus brazos, y al de la profetisa Ana cuando presencia aquella tiernísima escena; y poseidos del encendido amor que inundaba el corazon de todos, digamos con toda la efusion de nuestras almas: «Vos, Señor, sois la luz y la alegría del mundo, sumergido en las tinieblas de la ignorancia y del error; iluminad nuestras almas y derramad sobre nosotros la alegría de vuestra santa gracia. Sed nuestro guia en este valle oscuro, lleno de peligrosos escollos, y nuestra luz eterna, imperecedera, inextinguible, en la gloria.»—AMEN.